

# ANGÉLICA GORODISCHER, UNA ESCRITORA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN

POR

MARIA ESTHER VAZQUEZ

*Diario «La Nación», Buenos Aires*

Angélica Gorodischer es alta, delgada e incansable conversadora. Habla de todo y de todos; de su marido, a quien familiarmente llama «Goro»; de sus hijos, ya adultos; de su casa, de sus plantas... Hace un tiempo le pedí un *curriculum*; me mandó dos carillas que me dieron la pauta de cómo está ubicada en el mundo y con qué confiado sentido del humor observa su propia vida, cuya relación inicia como un cuento: «Nací el 28 de julio de 1928, a las ocho de la mañana, en Buenos Aires, en la clínica Anchorena. Según parece, para que mi madre descansara, me llevaron por la noche a otro cuarto, de donde me rescató, muy preocupada, mi tía Carmencita. Mi padre se llamaba Fernando Félix Arcal y era un aragonés gritón e ingenuo; mi madre, María Angélica Junquet y era de familia rosarina. Vivían en Buenos Aires porque papá trabajaba allí. Volvimos a Rosario en el '35 o '36. A mí me pareció una aventura fantástica, pero mamá lloraba desconsoladamente. En Rosario vivimos un tiempo en la casa de mi abuelo (con tías y tíos y todo). No llegué a conocer a ninguno de mis abuelos; una lástima. Dice Margaret Mead que un abuelo es una persona importantísima. Tuve maestras particulares, a las que aborrecí. Pasé luego al Colegio Normal; un desastre: fui siempre la mejor alumna, pero nunca me entendí con nadie. Me recibí de maestra, inútilmente, porque nadie esperaba que yo trabajara como maestra. Estudié idiomas: inglés primero y mucho después francés, por el que tenía un *penchant génétique* y al que amé instantáneamente. Ahora estudio alemán... No terminé la facultad; en cuarto año me casé y me tuve que poner a trabajar. Mi marido estudiaba arquitectura, se recibió y nos fuimos a vivir a Buenos Aires. Allí nació Sergio Gorodischer. Volvimos a Rosario en 1955; en 1957 nació Horacio y en 1960 Cecilia. Mi marido se llama Sujer Gorodischer; nació en un

pueblo de Ucrania, que desapareció en la guerra, y vino a la Argentina en 1936 en el vapor alemán *Madrid*. Es un tipo encantador y una especie de dique para mis excesos, cosa que a veces le agradezco y a veces le reprocho, también con excesos y alaridos sicilianos. Tengo una casa alejada del centro con un gran jardín lleno de árboles. Tengo una gata y un perro. Tengo montones de amigos en Rosario y desparramados por ahí. Pertenezco a un selecto, exclusivo, elitista y casi secreto club llamado 'Los doce más uno'. Trabajo desde hace veintisiete años en la biblioteca de un sanatorio, donde llevo los ficheros bibliográficos y hago traducciones. Soy abstemia. Soy feminista. Hago *jogging*. Me analizo. Amo a Góngora, a Balzac, al verano, a los gatos y sentarme en el café a charlar con los amigos. Me gustan Amsterdam, Venecia y el silencio. Deploro los aparatos electrónicos y los autos veloces. Estoy deseando jubilarme, que mis hijos se casen e irme a vivir con Goro a un pueblo...»

Esta original mujer empieza a escribir a los treinta años. Es la única escritora argentina y no sé si latinoamericana que cultiva la ciencia ficción, y lo hace de una manera apasionada y apasionante. Los argumentos de sus cuentos son insólitos; sus desenlaces, imprevisibles, y todo parece escrito con una facilidad y una frescura asombrosas. Es inusual su capacidad para crear otros mundos distintos y, sin embargo, creíbles, donde las criaturas que los habitan tienen códigos morales, necesidades anímicas y tiempos que no son los nuestros. Angélica Gorodischer es una persona que está buscando respuestas a muchas preguntas que, probablemente, nunca conseguirá, pero una manera de buscarlas es escribiendo. Quizá el rasgo que la diferencia de otros creadores del género es que cultiva una ciencia ficción totalmente original. No hay en sus cuentos un avasallamiento del hombre del futuro a la técnica y, por consiguiente, una degradación humanística; no hay cataclismos bélicos que hayan llevado a la criatura humana a un grado de primitivismo o barbarie comparable a nuestra prehistoria; no hay ciclos donde el mundo sea regido por *robots* todopoderosos; no hay descripciones minuciosas de máquinas inverosímiles; no hay planetas perfectos donde gobierne el amor y la armonía, ni mundos detestables regidos por tiranos poderosos; no hay el secreto y esperanzado deseo de una humanidad perfeccionada y limpia de sus errores; no hay al subyacente amenaza de la extinción de la raza; no hay, en fin, la serie de situaciones interesadas a que nos tienen acostumbrados los grandes, medianos o mediocres cultores del género. Gorodischer juega libremente con su fantasía a la manera del colombiano García Márquez o del español Alvaro Cunqueiro, que transforman la creación en un total quehacer lúdico, que se divierten llevando a sus personajes a situaciones límites e insólitas, sin perder

de vista la materia vital de que están formados, con sus pasiones, defectos, virtudes, miserias y grandezas.

En 1965 aparece el primer libro de Angélica Gorodischer, *Cuentos con soldados*<sup>1</sup>, donde afirma su talento para manejar los diálogos. La deliberada ambigüedad de las descripciones no llega a empañar el clima asfixiante que impera en los relatos y que luego acompañará a sus futuros libros. *Opus dos*<sup>2</sup>, de 1967, es una novela en nueve partes articuladas. Los relatos se inscriben en el futuro de la Argentina. Pero todavía la autora no ha logrado zafarse de algunos convencionalismos que atentan contra el atractivo de la prosa. El hecho de presentar una cultura negra dominante crea un interés especial a las historias. En *Las pelucas*<sup>3</sup>, de 1968, se repiten los climas, y aunque logra buenos efectos narrativos, no será hasta *Bajo las jubeas en flor*<sup>4</sup>, de 1973, donde aflora, feliz, su talento narrativo. El libro reúne seis *nouvelles*. El relato que da nombre a la serie puede sintetizarse en esta idea: en un mundo de locos, cualquiera que sea fiel a sí mismo, se salvará de la locura general. La homosexualidad, los maestros y sus enseñanzas, el vivir cotidiano con sus rutinas, generalmente innobles, y la muerte, incluso, son hechos vividos y relatados por un personaje realista, algo cínico y encantador, que decide poner fin a la ruindad ajena y arbitraria, sin importarle las consecuencias nefastas que puedan traerle. Pero, más allá de este planteamiento, todo el cuento es una gran y monstruosa ironía sobre la estupidez a que puede llegar la burocracia. Una cárcel atroz es la verdadera protagonista del relato. La cárcel se llama *Dulce recuerdo de las jubeas en flor*, y basta un acto de trivial y no premeditada descortesía para ser llevado a ella y tratado como un delincuente. En cambio, el acto de matar a un semejante sirve para ser expulsado de la penitenciaría por no ser digno de ella.

La criatura humana le inspira a la autora una burlona ternura, que se renueva en *Casta luna electrónica*<sup>5</sup>, de 1977, cuyo mejor cuento es el que inspira el título del volumen. Aquí, el sexo practicado imaginativamente es la materia de la que se vale la Gorodischer para reírse de la hipocresía y de la lascivia. En *Casta luna electrónica* aparece por primera vez un personaje que dará luego origen a un nuevo libro (el

---

<sup>1</sup> *Cuentos con soldados* (cuentos) (Rosario: Ed. Club del Orden, 1965).

<sup>2</sup> *Opus dos* (novela) (Buenos Aires: Minotauro, 1967).

<sup>3</sup> *Las pelucas* (cuentos) (Buenos Aires: Sudamericana, 1968).

<sup>4</sup> *Bajo las jubeas en flor* (cuentos) (Buenos Aires: Ed. De la Flor, 1973).

<sup>5</sup> *Casta luna electrónica* (antología de cuentos) (Buenos Aires: Andrómeda, 1977).

mejor de todos)<sup>6</sup>, *Trafalgar* (1979), que abarca una serie de relatos cuyo protagonista es siempre el mismo, Trafalgar Medrano, un viajante de comercio rosarino que se traslada constantemente de galaxia en galaxia y de planeta en planeta, vendiendo todo lo que se puede vender, menos armas. Después de cada viaje, vuelve a su ciudad, Rosario, y allí cuenta a sus amigos las cosas raras que ha visto. Trafalgar se encuentra con el narrador (un abogado o la autora o una tía) en un bar, el Burgundy («nada de formica ni de cocacola. Una alfombra gris un poco gastada, mesas de madera de veras, puerta de una sola hoja y fachada que no dice nada»), donde comienzan los extraños relatos de este personaje singular. Los relatos tienen tal matiz de realidad que sus fantasías parecen ciertas, y quizá lo sean. La misma autora afirma que Trafalgar «es tan poderoso que me voy a topar con él en cualquier momento en la calle, o va a venir a tocar el timbre de casa y me va a invitar a tomar un café». La descripción prolija e identificable de los personajes, el hábito de tomar café del protagonista, el autorretrato del abogado, la pintura de la tía («ochenta y cuatro años tiene, el pelo ondulado de color acero, unos ojos castaños incansables y brillantes») contrasta con los fabulosos mundos descritos («nada de ladrillo ni de cemento: piedra, todo piedra. Grandes piedras talladas, a veces coloreadas y con las aristas redondas hechas para encajar una en otra y no moverse más. Micenas. Una Micenas del tamaño del gran Buenos Aires»).

La autora utiliza como elemento insustituible de su realismo el lenguaje, no vacilando en incluir las vulgaridades de las que suele nutrirse el habla cotidiana para lograr un mayor efecto verista:

—Yo había andado vendiendo material de lectura en el sistema de Seskundrea, siete mundos limpios y brillantes en los que la lectura visual es un lujo. Un lujo que impuse yo, por otra parte. Allí los textos se escuchan o se lefan al tacto. La chusma lo sigue haciendo, pero yo les he vendido libros y revistas a todos los que creen que son alguien. Tuve que bajarme en Veroboar, que no queda muy lejos, para que me controlaran una pantalla de inducción única, y aproveché para vender el sobrante —prendió otro cigarrillo—. Eran revistas de historietas.

Marcos le trajo otro café doble antes de que lo pidiera. Es una maravilla este Marcos: si usted no toma más que jerez seco bien helado, como yo, o jugo de naranja sin colar y con gin, como Salustiano... o siete safés dobles al hilo, como Trafalgar Medrano, puede

---

<sup>6</sup> *Trafalgar* (cuentos) (Buenos Aires: El Cid, 1979).

estar seguro de que Marcos va a estar ahí para recordarlo, así hagan diez años que usted no va al Burgundy...

—... Veroboar es un aristomatriarcado.

—¿Un qué?

—Eso. Un millar de mujeres, supongo que son mujeres; jóvenes, supongo que son jóvenes, divinas.

—Suponés que son divinas.

—Eso se ve a la legua. Ricas. También se ve a la legua. Ellas solas tienen en un puño a todo Veroboar. No podés ni estornudar sin su permiso. A los dos minutos de estar en el hotel recibí una nota con sellos y membretes en la que se me citaba al despacho del gobernador. A las treinta y una horas setenta y cinco minutos en punto. Quiero decir que tenía media hora para bañarme, afeitarme y vestirme... En Veroboar no hay aparatos de tocador sofisticados como en Sèchus o en Vexvise o en Forendo Lhda. ¿Te conté alguna vez que en Drenekuta V viajan en carros tirados por bueyes pero tienen televisión en relieve y unos cubículos de aire comprimido que te afeitan, te hacen *peeling*, te masajean, te maquillan, porque en Drenekuta los hombres se maquillan y se enrulan el pelo y se pintan las uñas, y te visten en siete segundos?... El gobernador era rubia, ojos verdes, muy alta, con unas piernas que si las ves te da un ataque... Se me plantó delante y me dijo: «Nos preguntábamos cuándo volvería a Veroboar, señor Medrano.» Pensé que empezábamos bien y me equivoqué... Le dije que era muy halagador que se acordaran de mí y me miró como si yo fuera un pedazo de bosta que el barrendero se olvidó de levantar...

En los nueve cuentos que integran *Trafalgar* la autora utiliza la ciencia ficción para plantear problemas universales: el sentido de la evolución, los misterios del fin de las especies («llegaron tan alto y tan hondo que cuando la estrella murió ya no les importaba nada») o el usurpamiento egoísta de la personalidad del prójimo. Este es el tema de «La lucha de la familia González por un mundo mejor». En el planeta Gonzwaledworkamenjkaleidos («González para los íntimos») se vive una insólita historia de muertos que conviven con los vivos, anulándolos. «... En González la gente se moría como en cualquier otra parte, pero no se quedaba finada y quieta en el cajón como un difunto bien educado. Ni siquiera había cajones. Tampoco nichos ni panteones ni cementerios ni funerarias, para qué. Los muertos se levantaban al ratito nomás de haberse muerto y se dedicaban a joder a los vivos. Se morían sin broma: se les paraba el corazón y la sangre no circulaba y no había más funciones vitales, pero ahí estaban, en las calles, en la plaza, en el campo, o instalándose de a ratos en la casa de la familia o metiéndose quién sabe

dónde. Solamente que no eran distintos nada más que en lo fisiológico. Distintos por rabia o por resentimiento, por muerte; ellos querían que las cosas siguieran como cuando estaban vivos y por lo tanto querían que los vivos vivieran como los muertos... No había médicos ni hospitales ni remedios porque los muertos querían que los vivos pasaran cuanto antes a ser muertos. Y cuanto menos romance hubiera, mejor, menos matrimonios. Aunque qué tiene que ver el romance con el matrimonio es algo que no alcanzo a comprender como no sea un riesgo que hay que saber cuerppear, pero los muertos tienen una idea muy particular al respecto, menos hijos, menos vivos. En suma, que González iba camino de ser un mundo de muertos.»

Este relato es uno de los más divertidos del libro. El lector se entera de por qué los muertos siguen en el mundo de los vivos y supone que al fin, con una estratagema sutil, Trafalgar ayuda a los del planeta Gonzwaledworkamenjkaleidos a sacarse de encima a los muertos. Lo supone nada más, porque la autora juega siempre y sin perder de vista los sentimientos y urgencias esenciales, se ríe irónicamente a través de sus personajes de todas las criaturas que pueblan o podrían poblar el ancho universo.

Gorodischer maneja el tiempo como una ecuación irreal, y así puede decir: «En todas partes coexisten las variantes de lo que ha sucedido y va a suceder y sucede, y que quizás en algunos puntos y en algunos instantes se entrecruzan y creés recordar algo que no has vivido nunca o que podrías haber vivido o que podrías vivir y no vas a vivir, o como en mi caso, que llegás a vivir si se da la casi imposible coyuntura, no me animo a llamarlo casualidad, de dos entrecruzamientos en los que estás presente. Es un recuerdo, porque en alguna o en algunas variantes del tiempo ya lo viviste o lo estás por vivir, que es lo mismo. Y no es un recuerdo, porque a lo mejor en tu línea de variantes eso no ha sucedido ni va a suceder nunca...»

Gorodischer descrea del nihilismo del hombre; simplemente lo deja jugar, y entre esos juegos, que pasan de la irrealidad de las galaxias, entre seres fantásticos, a la cotidiana pasividad provinciana de su ciudad, Rosario, descubre que el hombre es un individuo de una imaginación increíblemente rica y que es salvado nada más que por la inmensa riqueza de esa fantasía, capaz de hacer de una mesa de café un paraíso o un infierno.